

LA FILOSOFÍA COMO TERAPÉUTICA Y FÁRMACO

NELSON BARROS CANTILLO

RESUMEN

El presente es un trabajo de divulgación temática acerca de qué es y, en expresión muy general, cómo funciona el oficio o profesión de la llamada “terapéutica o consejería filosófica”. El primero de los tópicos examinados convoca a debilitar la hipérbole que define a la filosofía como una especie de conocimiento inútil. En efecto, mediante el hecho escueto de haber filósofos consultores que laboran en el área de la salud mental, se establece con mérito una de sus aplicaciones más visibles y efectivas. Otro asunto ventilado compete a la esiedad de la terapéutica filosófica: la clase de pacientela que puede ser objeto de sus procedimientos clínicos y las semejanzas y diferencias que guarda con los otros paradigmas de la salud mente-cuerpo.

Aunque la obra del profesor Lou Marinoff, “Más Platón y menos Prozac”, es aquí objeto de frecuentes alusiones y comentarios, no se trata en especial de glosar su texto como método para fundamentar el esfuerzo de dar a conocer los rasgos principales de la consejería filosófica. Antes bien, se ofrece al lector la ocasión de examinar una serie de reflexiones críticas alrededor de lo que Marinoff plantea en su ya muy bien ponderado éxito editorial. El resto es trabajo diletante de acomodación casuística, clasificación de conjeturas y elucidación temeraria por parte de quien sin ser experto en el oficio de curar por medio de la palabra sabiamente impartida, considera un deber suyo -como lo tendría que ser de todo aquel que cultive alguna dimensión de la filosofía- propalar con entusiasmo, conforme a su medida personal, el advenimiento de una praxis filosófica que tiene la ventura de propiciar el sosiego de la mente y el equilibrio de las funciones corporales.

I Conceptuación temática

Una inmemorial manera de denostar de la filosofía consiste en listarla a la cabeza de los denominados “conocimientos inútiles” o colección espuria de las nociones que en el devenir histórico de la cultura no han servido, a la postre, “absolutamente para nada”. Quienes así piensan -pero sobre todo quienes así “amargan” sentimientos al manejar la hipérbole ofensiva- imaginan contar, según parece, con un determinado acervo discursivo de retóricas de apoyo y casuísticas de “comprobación”, cuyo sesgado concurso “fortalece” -o simplemente engorda- el punto de vista de su argumento principal.

Por suerte, frente a ese nihilismo inconsistente y autofágico, son muchas las inteligencias connotadas que en el mundo entero justiprecian el insito valor doctrinario y la utilidad práctica de la filosofía en su relación con diversos dominios del saber. Explicable es, pues, el regocijo que en los círculos de estudiosos consagrados a examinar las conexiones factibles entre la filosofía aplicada como terapéutica clínica y la salud psicofísica del hombre, causó la sucesión de noticias que poco a poco confirmaban la aprobación académica de los planes de estudio y la ulterior expedición de las primeras licencias para ejercer legalmente, en Europa, Canadá y los Estados Unidos, la llamativa y hasta curiosa profesión de “consejero axiológico” o “terapeuta filosófico”.

Motivados por tan excelentes nuevas, un calificado contingente de investigadores-escritores, procedentes de variados dominios doctrinarios y clínicos de la salud psico-física, que perciben la filosofía como acervo y matriz de reflexiones capaces de ayudar a neutralizar ciertos factores perturbadores del equilibrio mental y la salud del soma, se ha entregado a la tarea de publicar sus notas, reflexiones y experiencias acerca de las aplicaciones del saber filosófico al contexto de la salud humana. Con ello y por añadidura, pasan a confrontar, con alegato verosímil y dicientes ejemplos de aplicación práctica, el concepto que con obvia animosidad define el saber filosófico, según se antedijo, como “inútil”, es decir, “inocuo”, “inaplicable”, “falso”, “confuso”, “etéreo”, “tendencioso” o “injustificado”.

Un perfecto botón de muestra en cuanto al aprecio que mucha gente de otros dominios del saber profesa por la filosofía, lo representa el hecho de la bienvenida mundial a la instalación de la consultoría filosófica como especialidad terapéutica avalada por las academias superiores, y refrendada por las leyes sanitarias de un creciente número de naciones. En esa misma línea consecucional, **“Más Platón y menos Prozac”**, escrito por el doctor Lou Marinoff, es un libro internacionalmente exitoso consagrado a descollar los beneficios surtidos por la reflexión filosófica de género dialogal en el tratamiento de aflicciones espirituales y perturbaciones psico-físicas,

originadas en conflictos puntuales de alcance valorativo.

Valiosos en grado sumo, en cuanto a información precisa acerca de la emergencia y consolidación internacional de la filosofía como profesión terapéutica fundada en la consejería axiológica, son los apéndices con que el doctor Marinoff remata generosamente la excelencia de su exposición didáctica. En ellos y en el rico surtido de la bibliografía consultada, encuentra el lector un listado de pensadores y un compendio de reseñas tocante a investigadores, entidades privadas y profesionales-consejeros de diferentes países del mundo, con sus respectivos nombres, datos formales y direcciones electrónicas. Es decir, una invitación abierta para comenzar a urdir la red mundial electrónica de la nascente profesión.

La *dedicatoria* de la obra parece expresar bastante bien el probable punto de mira del autor acerca de la impensable utilidad práctica de la filosofía en el concepto ordinario del hombre del común, y de cierto académico mediocre que no sabe precisar qué es o para qué delante sirve esta “atiborrada construcción de categorías inabarcables y lucubraciones abstractas”. El texto de la *dedicatoria* mencionada es del siguiente tenor:

“Para quienes siempre supieron que la filosofía era buena para algo, pero nunca supieron decir exactamente para qué”.

Siguiendo a Marinoff se puede establecer que la consejería filosófica define una especie de interacción discursiva marcadamente instructiva en lo teórico, verosímil en sus lineamientos terapéuticos, y provechosa para la pacientela que busca alivio en ella como novedosa alternativa de la salud psico-física personal. Con la corroboración casuística, por lo menos estocásticamente favorable de tales atributos en la praxis terapéutica, se evidenciaría de manera bastante convincente lo equivocados que han estado los animosos detractores históricos de la otrora denominada “madre de todas las ciencias”.

La filosofía, por supuesto, no reduce a esto el género de sus aplicaciones prácticas o las variadas especies de beneficios que por sí sola, o en medio de la reflexión bifronte y el diálogo fecundo, está en efectiva disposición de prodigar. La mayéutica, verbigracia, es recurso metodológico concerniente a muchas más tareas reflexivas y exploratorias que las inquisitivas del filósofo propiamente dichas. Una clase de procedimiento mayéutico modificado, según sabemos, ha sido variadamente aplicado, con aceptables resultados clínicos, en el marco conceptual de algunas especies de psico-terapias conectadas con la hermenéutica sanatoria que se vale de términos verbales libremente asociados por el paciente, de la hipnosis secuencial de tipo regresivo, de las estrategias dialécticas para aprontar el rencuentro mnémico con el evento traumático que originó

la perturbación neurótica y del análisis verbal-reconstructivo en torno a la clase de inferencias exhumadas de episodios oníricos espontáneamente recapitulados por el sujeto.

Supuestamente, Sócrates, comadrón de hombres, también es médico del alma varonil cuando ayuda al parturiento dialógico a pujar sus verdades esenciales y desambiguar las distorsiones axiológicas que terminan por perturbar la psique y enfermar el soma. Desde aquél remoto pretérito ateniense, en que Sócrates es precursor de Juvenal, la obstetricia filosófica ha sido practicada por muchos maestros como factor coadyuvante de la felicidad personal, del equilibrio psicofísico y la tranquilidad mental. En esta perspectiva, la palabra aleccionadora del sabio, cual la de Epicuro en su Jardín o la de Antístenes en el perruno pórtico, representa el fiel de una balanza pedagógica que equilibra con mesura, en el alma del discente, la dinámica de las fuerzas heteróclitas contrapuestas que debe aprender a conciliar razonadamente a lo largo de su vida individual y de sus relaciones societarias.

Como en tantas otras cosas, también en este asunto de la salud psico-física del hombre, los griegos mostraron su genial portento para atalayar futuros y anticipar descubrimientos. Epicuro de Samos, por ejemplo, enseñó y escribió sobre el papel tetrafármaco de la filosofía. Sólo se puede aspirar a la felicidad plena cuando se alcanzan la aponía y la ataraxia como estados mentales de perfecto dominio sobre los estímulos

que producen el temor a la muerte, la expectativa del dolor físico, el desasosiego frente a lo desconocido y el luto profundo por la pérdida de los valores más caros. Epicuro es, pues, según lo fuera Sócrates, uno de los connotados pioneros de la filosofía como terapia y profilaxis del alma. Después, el período helenístico-romano abundó en variantes de esta especie.

Una diferencia radical de importantes proyecciones sobresale cuando se cotejan los conceptos y métodos de la consejería clásica antigua con los propios de la que recién aparece en nuestro día. Para aquella, el principal propósito de cultivar la filosofía consistía en aprehender el estado de felicidad completa, que supuestamente se conquistaba obedeciendo los lineamientos de la doctrina axiológica correspondiente a cada escuela de pensamiento. Para la consejería filosófica moderna, no se necesita enseñar al paciente a ser filósofo para poder obtener el alivio de su salud física y mental; el procedimiento se traduce en enseñarle por medio de la filosofía ponderativa, el modo o modos de resolver el problema axiológico que le aflige y le enferma, que es su motivo prioritario para acudir a la consulta y someterse a tratamiento.

El temperamento desasosegado y la expresión axiológicamente confusa, de quien padece esta clase de trastornos, transluce en signos y síntomas de mixtificada semiología, el tipo factible de conflicto anímico que tortura la conciencia moral, resiente el equilibrio

psicofísico de la persona y desata la emergencia de las tribulaciones de la mente y de los concatenados males-atares del cuerpo. El acopio y organización de los datos extraídos a partir de la interpretación situacional de los signos observables y los síntomas descritos en el diagnóstico, representan la información inicial, frecuentemente deficitaria, con que cuenta el consejero para cavilar sus hipótesis causales, diseñar la metodología de sus estrategias curativas y poner en marcha las tácticas clínicas correspondientes a las peculiaridades del caso en estudio.

La técnica mayéutica, en considerable medida -afirman los expertos en terapias filosóficas- funge como patrón obligado de los tratamientos verbales impuestos al espíritu conturbado. De sus aplicaciones, conceptos, reglas y casuísticas pueden servirse a placer los behavioristas y los freudianos, los reflexólogos y los estructuralistas, los vitalistas y mecanicistas, los sacerdotes confesores, los neo-psicoanalistas sociales, los hermenéutas del “inconsciente” y los terapeutas filosóficos de distintas procedencias doctrinarias. La mayéutica en cuanto canon inquisitivo, por cierto, es un “servidor universal disponible” ofertado a las escuelas y tendencias especializadas en psicotrata- mientos de la mente perturbada o del soma decaído como probable efecto de un espíritu presa de agobiadores conflictos personales.

La neo-mayéutica -o expresión contemporánea del método y la técnica del diálogo inductor clásico-, consagra

para la praxis sanatoria aludida, un procedimiento o medio instrumental dotado de técnicas novedosas, por cuyo conducto verbalizado se aplican o pueden aplicarse las distintas clases de iniciativas medicinales fundadas en el examen de los despliegues oníricos o discursivos de libre asociación conectados con la hipótesis del psicotrauma o radicados en el análisis axiológico de las comunicaciones interpersonales perturbadoras que tienen lugar en sociedad, desde el punto de mira de los conceptos y decisiones valorativos.

Es de común dominio, para algunos sin sombra de duda, que la especie de conciencia introspectiva que desarrolla el enfermo sobre sí mismo como imagen verosímil o réplica fantasiosa de su patología personal, contribuye -a veces significativamente- al progreso o fracaso de la inducción psico-verbal que se le imparte o impone como ingrediente de la terapia. El fenómeno de la sanación por medio del análisis axiológico de la palabra conturbada, por consiguiente, no emerge o no progresa significativamente de cara al no reconocimiento de la ruptura radical que tiene ocurrencia internamente entre el lado del ego somáticamente mórbido -buscador frustrado de los estados placenteros- y la conciencia moral distorsionada -culpable y autopunitiva- de esa misma morbosidad.

Lo que se requiere de principio a fin en el proceso curativo, en cambio, es que el paciente, de modo integral y perfectible, se haga cuestión inteligente de esa brecha integral o ruptura holística

que lo escinde en mitades ontológicas confrontadas, a la manera de una dicotomía de la personalidad, estragadora del cuerpo que decae y de la mente que se perturba. La desarmonía entre los factores impulsivos y las fuerzas represoras del ego, el desastroso “choque de colosos” entre ellos, van impidiéndole de continuo, con la trayectoria lógica de un círculo vicioso en el orden de los sucesos mentales, asumir el protagonismo que insoslayablemente le corresponde en el propósito mayor de alcanzar la curación, que es, o debe ser, por encima de todo, su proyecto existencial inaplazable.

Parte significativa de las psico-terapias tradicionales, en general, es la aplicación de métodos que auxilian al paciente a concienciar la magnitud de su problema somato-psíquico y a incentivar en él la urgencia de ayudarse a descubrir los atajos más a propósito para aliviar su maltrecha condición integral como persona. El psicoanálisis clásico es un ejemplo muy recurrido para ilustrar el concepto a que nos estamos refiriendo. En consonancia con esta teoría, la autoconciencia crítica del evento traumático reconstruido, desanuda en el enfermo los componentes pérfidos que generan su patología anímico-corporal. El ego enfermo, según lucubra la hipótesis freudiana, se hace conciencia duplicada de sí propia, primero en cuanto efecto mórbido del suceso traumático lejano, y segundo, operando como causa potencial emergente de la disolución de éste.

De heterodoxo talante, debido a lo general y abstracto de sus lineamientos lógicos frente a sus aplicaciones puntuales en cada tratamiento, el método mayéutico (aunque muchos de sus eventuales usuarios no sepan, siquiera, identificarlo explícitamente) parece consolidarse en algunos círculos intelectuales de la salud integral cuerpo-mente, como una de las propedéuticas operativas más cómodas y eficaces para adelantar con éxito cierto género verbal de procedimientos clínicos. Con sus aplicaciones neo-mayéuticas a casos, algunos terapeutas investigadores alegan haberse ayudado a trazar, con aceptables resultados, proyectos sanatorios alternativos, y tenido la ocasión de comparar, con creciente verosimilitud epistemológica, la efectividad real de este instrumento de los psicotrata-mentos en boga, contrastable con estrategias curativas verbales clásicas, de mayor pervivencia histórica.

La mayéutica medicinal ha pasado por muchas manos diferentes en cuanto a los procedimientos que deben aplicarse a los pacientes de especies psico-somáticas que guardan entre sí caracteres observables más o menos comunes. Las divergencias teóricas son numerosas y extenso es el prontuario de sus aplicaciones en el panorama de la praxis clínica. No debe soslayarse, por otra parte, que desde la inmemorial hechicería paleolítica y los primeros brotes del fundamentalismo ideológico, la mayéutica ha hecho presencia histórica para ayudar a incorporar

espíritus guardianes, exorcizar incubos satánicos, obtener confesiones refractarias, resolver crímenes atroces, inducir el estado mental de la locura, lavar cerebros de disidentes políticos, esclavizar la voluntad política del pueblo, vender millonariamente la “chispa de la vida”, o disciplinar, desde el atril de la propaganda ideológica, el espíritu básicamente maleable de las masas.

La mayéutica, en consecuencia, puede ser empleada para infligir daño y acarrear sufrimientos, según lo han hecho sin sosiego las religiones y los regímenes despóticos del mundo en el decurso de la historia, o para proporcionar alivio físico y prodigar serenidad espiritual, según hoy lo procuran hacer las nacientes consejerías y terapéuticas filosóficas. La mayéutica, sin duda, es un efectivo instrumento de la ciencia; pero también, un artificio perverso de la estulticia “cultura” y del fundamentalismo dogmático investido de poderes punitivos.

En cualquier caso, trátase de medidas curativas antiguas o recientemente implantadas, el cliente no es -no tiene por qué ser- un conejillo de experimentos o el pasivo invitado de piedra, engatusado con hipótesis abstractas y abrumado de exageraciones casuísticas acerca de la efectividad de éstas. Todo lo contrario, su rol epistemológico en el desenvolvimiento de la terapia no ha de reducirse al de cosa u objeto examinado sino elevarse al del sujeto que examina o se auto-examina bajo la supervisión y tutoría del consejero. El cliente es, pues, un actor principal

o protagonista activo de ese drama personal que es la terapia, seriamente comprometido con el objetivo de su propia sanación o con la resolución del conflicto social o personal que tanto lo conturba.

En teoría, el tratamiento axiológico de consejería filosófica comenzaría a ser aplicable justo donde las psicoterapias tradicionales reconocen límites teóricos o prácticos, respectivamente, a las leyes que en sus hipótesis dan cuenta teórica de la naturaleza, génesis y evolución de la perturbación anímica y/o a las reglas y usos de procedimiento que dinamizan el desarrollo efectivo de su praxis sanatoria. Con todo, sólo una peritación científica cuidadosamente practicada permitirá establecer, con aceptable verosimilitud, a qué clase de profesional de la salud mental debe ser remitida la persona aparentemente necesitada, si no de consejería axiológica propiamente dicha para superar alguna dificultad abrumadora y estresante, entonces de tratamiento especializado en el orden neurológico, psicológico o psiquiátrico. El trabajo de consuno y la exploración interdisciplinaria son opciones de meritorio valor contextual dentro del propósito común de amalgamar conjeturas y enriquecer la praxis.

Es perfectamente factible, en este mismo orden de ideas, que la patología en cuestión muestre perfiles etiológicos y pronósticos curativos mucho más compatibles con las terapéuticas filosóficas que con los otros sistemas del mismo ordenamiento genérico. Hay personas que alegan sentirse desdi-

chadas, frustradas, incompletas, rotas, incompetentes, incomprendidas o inadaptadas, pese a que sus prontuarios clínicos y demás evidencias de archivo no registran datos que obliguen a encasillarlas como pacientes de reconocidas dolencias del ánimo o del cuerpo. No se trata, muchas veces, de problemas conductuales de origen endocrino, de estados depresivos condicionados por disfunciones metabólicas del sistema nervioso o de circunstancias coyunturales “visibles” (personales, familiares o sociales) de carácter emotivo.

Los factores que originan el síndrome a erradicar en estas clases de casos de que se puede ocupar el consejero filosófico, son la mayoría de veces confrontaciones interiores extremas que se libran entre los impulsos placenteros biológicos o sociales del psicósoma y las restricciones normativas de la moral vigente, interiorizada como taxonomía de los valores personales. El sujeto se convierte interiormente en un campo de batalla anímico entre el conato volitivo de querer ser o hacer alguna cosa, y la fuerza represiva que no lo dejar ser o le impide hacer tal cosa. Entonces sobreviene el malestar de la conciencia afligida, reforzada por los intensos complejos de culpa, los estados depresivos agudos, las crisis nerviosas transidas de pánico, la somatización del conflicto y otros malestares estragantes que se asocian causalmente con la severidad inapelable de la super-conciencia punitiva.

Parece que la casuística de la consejería filosófica, todavía insipiente

por razones entendibles, promedia tendencias que muestran la mayor acumulación de consultas por parte de sujetos “normales”, sin antecedentes de desórdenes neuróticos, sicóticos, sociopáticos o neurológicos, que se acercan a buscar esta ayuda profesional novedosa, presumiblemente idónea y curiosamente pintoresca, porque la imaginan de algún modo compatible con sus propios lineamientos ideológicos, porque están hartos de la inconducente cháchara religiosa de curas, pastores y consejeros bíblicos, o porque los psicólogos, psiquiatras y neurólogos que han fracasado en aliviarlos, se empecinanen manejarlos clínicamente como si fueran pacientes neuróticos, psicópatas seriales o internos de manicomio.

Un criterio parecido sobre este punto es el que sustenta el escritor y consejero filosófico Lou Marinoff:

Puesto que las instituciones religiosas pierden autoridad ante un número creciente de personas, y que la psicología y la psiquiatría traspasan los límites de su utilidad en la vida de la gente (y comienzan a hacer más mal que bien), muchas personas están cayendo en la cuenta de que la pericia filosófica abarca la lógica, la ética, los valores, los significados, la racionalidad, la toma de decisiones en situaciones conflictivas o arriesgadas; en suma, toda la inmensa complejidad que caracteriza la vida humana.

Las personas que se enfrentan a dichas situaciones necesitan términos

suficientemente profundos y amplios para exponer sus inquietudes. Sirviéndose de sus respectivas filosofías de la vida, a veces valiéndose de los grandes pensadores del pasado, logran construir un marco de referencia que les permite arrostrar cualquier situación y pasar a la siguiente con argumentos más sólidos y con una mayor entereza espiritual o filosófica.

Lo que necesitan es diálogo, no un diagnóstico.

Conceptúan los doctrinantes de la terapéutica filosófica, que la incidencia deletérea de dichas causas en el ego de este tipo de pacientes, abre espacios de manifestación compleja a estados mentales y corporales mórbidos que la clínica tradicional confunde muchas veces con los que son propios de las neurosis, psicosis y otras alteraciones psíquicas de equiparable taxonomía. Es decir, los signos y síntomas propios de un neurótico depresivo, por ejemplo, pueden ser fenoméricamente equiparables con los de otro paciente, depresivo también, tratado mediante consejería filosófica. Pero la etiología del problema y la terapia aplicable, en el primer caso, son otros muy distintos que los correspondientes al segundo.

En la neurosis, tratada con psicoanálisis, tiene lugar una búsqueda psicoarqueológica del episodio traumático, perniciosamente anclado, desde entonces, en las abisales honduras del inconsciente. Una vez consolidado el hallazgo conceptual del suceso traumático, la dinámica exploratoria del

análisis diseña las estrategias probables de la función catártica y consolida las tácticas dialogales factibles del exorcismo mayéutico. La metáfora medieval del íncubo invasor, de nuevo cobra vigencia en la épica psicoanalítica de expulsión del alien (trauma), que en esta hipótesis, usurpa y lesiona una porción figurativamente importante del territorio de la conciencia.

La hipótesis clínica que alega la expulsión definitiva del huésped indeseable, opera probáticamente por el método cajanequista de efectuar el analista los protocolos idóneos, según reglas, para que se cumpla el fenómeno deseado, y sentarse luego a esperar los efectos prospectados sin contar con explicaciones comprobables acerca de lo que, en el ínterin, tiene ocurrencia al interior del sistema. Por lo tanto, la supuesta superación efectiva de la neurosis, o imaginaria expulsión del ente traumático, es una función metafórica concomitante entre la hipótesis del desahucio bien cumplido con la cesación certificada de las expresiones patológicas indeseables.

Desgraciadamente, las recidivas son frecuentes y el paciente, desilusionado, trasquilado del bolsillo y a punto de dimitir de la extenuante empresa, ha de ser convenientemente persuadido por el psicoanalista de lo mucho que se avanzó en el esfuerzo de librarlo de su huella psico-traumática, que es la misma ficción del “huésped perturbador” que se empeña en no abandonar su inquilinato ni por las buenas razones ni por las malas. Según el relativismo y

el azar que dominan la existencia, hay casos de fácil alivio y curación temprana y otros que lo son de muy difícil y dilatada sanación. A los pacientes de estos últimos, les queda la opción de perseverar en el mismo tratamiento puesta la fe en un futuro incierto o la alternativa de mudarse de paradigma clínico, como el que oferta la consejería filosófica, por ejemplo, si el caso lo justifica de acuerdo al protocolo de reconocimiento y diagnóstico.

En la terapia filosófica, por contraste, no se da por descontado la ocurrencia de un trauma psicológico que ha de ser reconstruido y concienciado por el individuo para aspirar a alcanzar el éxito del programa. La fuente más común de la anomalía, acá, no es el estímulo abusivo que dejó su impronta malsana en la mente inmadura del infante; más bien es, propuesto en una abstracción, la valoración sesgada y auto-castigadora que el sujeto lleva a efecto de algunas situaciones personales que le representan complacencia para los sentidos y autonomía e independencia del espíritu, en el esfuerzo de querer sentir, pensar y decidir libremente.

Se trata, por consiguiente, en el esquema aquí reseñado, de una respuesta gradualmente aprendida, de un accionar represivo inconscientemente calcado sobre las elecciones y voliciones de la conciencia moral, de unos parámetros de acción fijos legislados por la función imperativa y castigadora de los valores ético-sociales rígidamente asimilados. El fenómeno del sentimiento de culpa, por ejemplo, es uno de los efectos es-

tragantes de esos combates continuos que al interior de la psique tienen lugar entre el impulso pertinaz de darse el ego gratificaciones biológicas y sociales de determinada clase y las inhibiciones o prohibiciones imperadas por el mecanismo superegoico represivo conocido popularmente con el nombre de “policía por dentro”.

El “policía por dentro” de algunas personas se ha formado demasiado rígido e intransigente, demasiado acosador y punitivo, en particular cuando la materia prima a partir de la cual fue confeccionado su diseño conceptual para la pervivencia del sujeto en sociedad, resulta de naturaleza política superchera o de talante dogmático-religioso. La situación que perturba el estatus anímico de esta especie de paciente o lesiona alguno de sus componentes o funciones somáticas, no es, pues, el conflicto no resuelto nacido de un suceso pretérito que lo traumó y del cual debe hacerse cargo conscientemente para disolverlo o desambiguarlo con la asistencia mayéutica de su asesor.

No se puede afirmar que no haya conexiones útiles e interacciones fecundas de la filosofía terapéutica con las otras ciencias, disciplinas o técnicas del campo de la neurociencia, la medicina de la mente-cuerpo y demás concepciones doctrinarias del contexto. Razón por la cual tiene que robustecerse, para beneficio común, el trabajo interdisciplinario que realiza las convergencias de los resultados casuísticos en los puntos teóricos compatibles y rellene en lo posible

las lagunas de ausencia informativa que desconectan unos de otros, los diferentes puntos de vista expertos, tanto en lo abstracto de la teoría como en la viva interacción dialógica de la práctica curativa.

El concepto de consejería filosófica no riñe con el de terapéutica verbal orientada a disolver conflictos de etiología psico-traumática, siempre que los diagnósticos diferenciales a que haya lugar no evidencien que se trata de pacientes con problemas específicos de orden psicológico, psiquiátrico o neurológico, que ameriten el consiguiente tratamiento experto. Aún en estos casos básicamente excluyentes, el filósofo-consejero podría prestar servicios paralelos o complementarios de plausible efectividad medicamentosa.

Cuando la patología a tratar obedece etiológicamente a cierta clase de maniqueísmo filosófico o fundamentalismo religioso o político, de un sujeto que “se toma o es obligado a tomarse demasiado a pecho” el cumplimiento de la normatividad moral bajo la constrictión amenazante de su insobornable “policía interior”, resulta apenas obvio, por tanto, tener por terapeuta a un conocedor profesional de la problemática axiológica en sus diferentes expresiones tanto sociales como personales. Es decir, se requiere de la asistencia experta de un “consejero filosófico” útil y pragmático que sea, a la vez, un competente aplicador mayéutico de la filosofía moral como instrumento “invasivo” y purgante del yo, que “obligue al policía moral” a declinar

su intransigencia hermenéutica o ceda su cobertura funcional a otro gendarme interior de las ideas y las acciones, menos esclerótico, incomprensivo, represivo e intolerante.

En suma, lo que el terapeuta filosófico se propone, llegada la oportunidad para ello, es entregarse a trabajar con su paciente el tema de los valores éticos desde variadas perspectivas epistémicas y teleológicas, de cara a intentar, si no cambiar lo sustantivo de sus mandamientos axiológicos, por lo menos modificar los alcances semánticos unilaterales de su comprensión o lectura. Empresa enorme es esta de desaprender la manera intransigente de leer la normatividad moral cuyo significado prohibitivo, amenazante y castigador aborta o estrangula cualquier impulso “libertino” a ser feliz lesionando su cuerpo, que somatiza el conflicto y estragando su mente, impedida de acceder a la sabiduría fincada en la libertad de pensamiento y en el disfrute espiritual de una vida integral más plena y gratificante.

No hay que interpretar las situaciones arriba reseñadas acerca de los problemas más complejos de que se ocupa el terapeuta filosófico, como las únicas especies de casos que merecen su atención. Por el contrario, la vida diaria del humano común y corriente está variadamente expuesta a situaciones conflictivas inesperadas, eventualmente necesitadas de consejería o terapia, que brotan de las relaciones interpersonales que le toca guardar al individuo con quienes con él comparten pasajera o

permanentemente sus propios tiempos, espacios e intereses.

Algunas de esas situaciones conflictivas demandan decisiones muy difíciles de asumir, sobre todo si están de por medio principios morales “constrictivos” o sentimientos amorosos “irrenunciables”, ambos de variado rango ontológico. El sujeto se torna esquivo, sombrío y melancólico, así como pasa a somatizar sus inconsistencias éticas con alguna clase de disfunción orgánica. Las terapias tradicionales le resultan costosas e ineficaces. Su problema no es psicológico o neurológico; es axiológico. Esta es la oportunidad perfecta de solicitar los servicios profesionales del nuevo “loquero”, de poner a prueba al flamante consejero filosófico o terapeuta *a la mode* de los conflictos fundamentales del hombre actual.

II

“Menos *Prozac* y más Platón” es el título de un libro que invita a buscar el bienestar integral del psico-soma humano en los meandros de la exploración mental de género axiológico, inspirándose en lecturas selectas, diálogos fecundos y reflexiones filosóficas edificantes. Cuando por motivos axiológicos debidamente diagnosticados, la salud del ánimo decae y parece insuperable la depresión que consume el impulso vital del individuo, hay dos alternativas terapéuticas mayormente seleccionadas, a saber: primero, someterse a los paliativos de la farmacopea narcótica, cual es el consumo de *Pro-*

zac y otros antidepresivos, ansiolíticos y relajantes de adictiva naturaleza y perniciosos efectos secundarios; segundo, buscar la ayuda profesional especializada en la clase de malestar anímico y/o psico-somático que, en este caso, según diagnóstico, se define, clasifica y explica en el espacio de los conflictos del ego consciente frente a la normatividad autoritaria y represiva del “deber ser” moral.

La obra referida -autoría del profesor Lou Marinoff-, es una invitación argumentada a sus lectores para que, en el evento infortunado de resultar alguno de ellos presa de padecimientos del mentado género, no vaya a buscar la salida en falso de los fármacos aletargantes, que no erradican la fuente originaria en que se gestan y consolidan los síntomas y signos perceptibles del problema, sino que abrumen la conciencia del sujeto con estados anímicos complacientes para que no registre la perturbación insoportable, emanada de su conflicto moral, durante las siguientes seis, doce o veinticuatro horas que, según promedios, perdura el efecto del medicamento elegido.

El *Prozac*, con todo, ha sido loado como “una bendición y un milagro” de la ciencia contemporánea para millones de personas depresivas en Europa y los Estados Unidos que no disponen del tiempo o no cuentan con recursos para sujetarse a interminables y costosas psico-terapias, que, por lo demás, ya no gozan del buen prestigio social que antaño las distinguía. Una buena y novedosa opción, pues, si se trata

de problemas originados en conflictos axiológicos, es la clase de terapia que oferta el consejero filosófico. No vale como objeción, el argumento que enfrenta a “la vieja filosofía” (disfrazada de verbo-terapia) con el “moderno y tecno-científico *Prozac*”, entre otras razones, porque la droga que hoy está ataviada con el traje impecable de un todopoderoso laboratorio de marca, oculta un remoto pedigrí de naturopáticos y chamánicos ancestros.

La obra, por lo demás, resulta sugerente y atractiva, tiene razón en mucho de lo que dice, y orienta bien al lector en la escogencia y hermenéutica de los párrafos citados en los diálogos de Platón y la obra de otros encumbrados escritores filosóficos. Aún así, por desdicha, carga con el defecto del tratamiento “light” –mostrándose la prosa, por momentos, trivial y apresurada- que es tan propio de los libros de divulgación cultural destinados a capturar la atención y lograr el asentimiento del ciudadano promedio.

Una cosa destacable de la obra es que remueve el cotarro de la terapéutica palabarrera mediante el hecho de no priorizar, como suele hacerse de continuo, las citas de autoridad glosadas de los teóricos freudianos, behavioristas, neuro-lingüistas y eclécticos de caprichoso perfil doctrinario. Pasa a entronizar, en cambio, con plausible solvencia académica, el pensamiento de Sócrates-Platón como modelo de reflexiones moral e intelectualmente aleccionadoras y de otras lecturas

espiritualmente gratificantes, dado el contexto del asunto examinado.

Hay una diferencia considerable entre la concepción médica básica de las ciencias y disciplinas de la salud mental -tanto tradicionales como contemporáneas- y el punto de vista cardinal de la terapéutica filosófica. No es lo mismo tratar un estado mental que no encaja en la taxonomía de lo tenido por “normal”, dado un marco histórico, -intentando reprogramarlo, revertirlo, alterarlo, disciplinarlo o adulterarlo, para que regrese a sus “cabales”-, que ocuparse de debilitar, implosionar o subvertir dialogalmente los valores éticos “reaccionarios”, a través de los cuales el sujeto empolla y engorda sus juicios autodestructivos sobre el mundo que le circunda y acerca de la clase de rol que es obligado a desempeñar frente a sí mismo y ante la opresiva sociedad en la que existe.

La terapia o consejería filosófica no es un procedimiento clínico que se aplica para curar alguna clase de enfermedad en especial, sino una técnica de persuasión puesta en marcha para replantear críticamente el valor que le concedemos a las normativas axiológicas mediante las cuales encauzamos nuestras acciones prácticas y configuramos los juicios de moral que forman parte de las situaciones conflictivas y ayudan a gestar los efectos anímico-somáticos indeseables.

Parece, de súbito, que el problema a tratar no es de género valorativo tan

sólo, pues hay un grave compromiso epistemológico que logra divisarse en el centro de gravedad del asunto examinado. El paciente no se limita a obedecer sumisamente los mandatos de la conciencia moral, sino que los acepta intelectualmente como “verdades”, los ubica en la mira de sus objetos de conocimiento de mayor jerarquía, y se las arregla para improvisar interpretaciones probatorias de su imaginaria infalibilidad funcional. Esto es, sin duda, un evidente despliegue del mecanismo de defensa psíquico del yo, denominado “racionalización”, aunque también sea, en paralelo, una estrategia retórica inconsútil, un ardid epistemológico del yo para salvar las apariencias o un despliegue subterráneo de auto-justificación moral, etiológicamente urdido.

Cuando tal es el caso, la fuente perturbadora inmediata no está situada en el ser externo a la conciencia, sino en la conciencia misma del sujeto que espeja el mundo real en el cristal de sus aberraciones axiológicas. Los valores son formas de entender el mundo por medio de calificaciones que lo ponderan en sus dimensiones morales, estéticas, científicas, jurídicas o filosóficas. Pero esas calificaciones dependen de diferentes especies de taxonomías dotadas de sistemas hermenéuticos pragmáticos, provisionales y cambiantes, cuyas lecturas pueden diferir inconmensurablemente las unas de las otras.

Tarea del terapeuta filosófico es persuadir al paciente, acerca de la relatividad y subjetividad del sistema de valores

éticos que ha incorporado a su conciencia ética bajo el error de considerarlos inmodificables y absolutos. Induciéndole a aceptar las ventajas de variar tal estado de cosas mental mediante un criterio de verdad pragmático y relativista, se gana mucho terreno en el orden intelectual del planteamiento del caso, si bien los valores, traducidos en hábitos de sentir, pensar y proceder son componentes psíquicos (o patrones de acción fijos), por lo general de difícil erradicación, sustitución o cambio.

Una meta que el terapeuta filosófico no debe perseguir consiste en desentrañar (o inventarse) un episodio traumático que se asoma en la ambigüedad de un fragmento de sueño recordado por el cliente o que parece deslizarse de contrabando en el lapsus de la palabra inoportunamente pronunciada. Tampoco es de su profesional incumbencia, reflejo-re-condicionar un patrón de conducta sublevado o amansar, con la farmacopea de punta, un episodio melancólico con ínfulas de suicidio. El consejero, en suma, no debe fungir de experto en materias que no son de su dominio profesional. Otra cosa, claro está, es la situación del consejero filosófico que también es profesional en otro(s) campo de la salud mental.

El método ecléctico, el relativismo, el subjetivismo y el pragmatismo deben estar a la orden del día para recordarle al filósofo terapeuta que él mismo puede resultar presa de sus convicciones éticas y científicas transformadas en prejuicios. Son muchos los atajos teóricos que intentan allanar el sendero

que conduce al núcleo de las verdades neurocientíficas. La relación mente-cuerpo se expresa en muchas fórmulas contrapuestas entre sí. El terapeuta puede abrazar una cualquiera de ellas sin dejarse abrasar por los extremos febriles de algún dogma.

Escribe Lou Marinoff que no hay que tener conocimientos o preparación filosóficos para contratar los servicios de un consejero del dominio, tal y como una persona aquejada de trastornos neuróticos busca la asistencia del psicoanalista sin el requisito de conocer los lineamientos teóricos o las técnicas procedimentales de esa disciplina. El filósofo consejero, en cambio, debería contar con una aceptable información psicológica, psiquiátrica y neurológica, para ayudarse a sortear idóneamente los problemas asociados a los diagnósticos equivocados y otras dificultades propias del oficio.

Cuando la terapia filosófica resulta exitosa, una de las ganancias principales del convaleciente es su nueva forma de valorar, en general, el mundo en que existe y de revalorarse a sí mismo frente a ese mundo. No hay una receta universal para superar los problemas de la ceguera moral que a todos relativamente afecta. Cada persona tiene sus peculiaridades de invidencia moral, sus propias cataratas, estrabismos y miopías epistemológicos. Sus propios modos de no querer o no saber ver lo que se alza como evidencia insoslayable ante las propias narices.

La medicina filosófica también funciona, y muy frecuentemente, como profilaxis que “vacuna” axiológicamente al sujeto frente a las arremetidas sociales del “deber ser” sesgadamente interpretado. “Más Platón y menos Prozac” es una invitación moralmente generosa y teóricamente interesante a confiar más el hombre común y corriente en las facultades autocurativas de la mente y el cuerpo, estimulados expertamente por lecturas, consejos y reflexiones filosóficas, que en las sustancias narcóticas, ansiolíticas o antidepresivas, que oferta el gordo vademécum de los grandes emporios de la farmacopea internacional. Al parecer, Marinoff persigue alcanzar con su libro un impacto retórico de tal contundencia social que obligue al paciente axiológico a mirar el fenómeno de la lucubración filosófica como alternativa verosímil para la sanación de sus dolencias anímicas y psicosomáticas. Es decir, ¿para qué la pasta de Prozac si contamos con la lectura comentada y la glosa experta de El Banquete?

El planteamiento de Marinoff parece convincente debido al encaje favorable que por lo menos en teoría guardan entre sí la naturaleza de la patología de orden axiológico y el método para tratarla. No obstante, la hipótesis carece de un firme respaldo doctrinario y de una casuística lo suficientemente extensa y variada para apuntalar con la praxis lo que se conjetura o implica como teoría. No es, pues, un libro de ciencia lo que se tiene entre las

manos al examinar “Más Platón y menos Prozac”; el filósofo terapeuta no es un científico, sino un consejero profesional de alto nivel, cuya gestión curativa, sin embargo, puede llegar a ser razonablemente gananciosa e individualmente gratificante.

Un defecto de “Más Platón y menos Prozac” tal vez reside en el tratamiento unívoco que Marinoff tiende a conceder al significado del término “filosofía”. Como sabemos, hablar de “la filosofía” corresponde a un esfuerzo de simplificación que busca la comodidad de su expresión general en el discurso. Pero no existe **una** filosofía, entendida en solitario, sino una pluralidad de ellas. Un problema axiológico, por consiguiente, podría no contar con una sola hipótesis filosófica de respuesta para abordar su resolución, sino con una pluralidad de éstas.

El consejero filosófico no está casado con la búsqueda heroica de la Verdad inmarcesible sino, más bien, con el hallazgo de la opinión, común o selecta, que mejor sirva el propósito de desambiguar las confusiones o disolver los preconceptos axiológicos que originan el problema en examen. Muchas veces, por consiguiente, de lo que se trata no es de ahondar en el análisis filosófico de las preceptivas que guían la vida individual y societaria del sujeto, sino de ayudarlo a resolver algún problema en especial, cuyas soluciones probables no alcanza a visualizar correctamente sin la ayuda del experto. El terapeuta o consejero no debe perder de vista que la mayoría de su pacientela requiere

de sus servicios para superar una dificultad presente -de aquí y ahora- antes que para ser inducido a transitar por los senderos laberínticos de la metafísica valorativa.

Es factible incurrir en errores de apreciación o de procedimiento, sucesos que dan lugar a calificar de “falso” el juicio que sirvió de soporte a la operación o decisión equivocada. Se calibra como “verdadero” el juicio que avala la decisión correcta o la operación debidamente ejecutada. Los parámetros gnoseológicos relacionados con las categorías de lo posible, lo probable, lo incierto y lo borroso, son herramientas conceptuales de las investigaciones -incluyendo las psicoterapias- que se mueven en el horizonte de los resultados estocásticos, incluyendo la toma de decisiones a partir de información insuficiente, o que progresan decididamente hacia sus objetivos programáticos por medio del análisis desambiguador de la lógica difusa.

No ha de pasar por alto el consejero que las calificaciones de “verdadero” y “falso” no se aplican a los valores en cuanto tales. De un acto generoso, compasivo o solidario no se predica que es verdadero, ni que sea falso aquél otro afeado por el egoísmo, la crueldad o la envidia. Cuando, por ejemplo, se dice de una conducta altruista que es un modelo de verdadera generosidad, “verdadero” significa “auténtico” o “genuino”, como el oro “legítimo” de que está hecha una joya costosa. Lo verdadero y lo falso serían correctamente atribuibles, en el mismo

ejemplo, a los juicios acerca de la legitimidad del oro con que se elaboró la prenda.

Los valores no se demuestran con deducciones lógicas y cálculos matemáticos; tampoco se descubren o verifican con experticias de laboratorio. Los valores “valen” en las escalas axiológicas del deber ser autoritariamente impuesto o socialmente convenido. Pero en una sociedad, de la idiosincrasia política que sea, no rige una sola escala de valores; hay pluralidad y hasta proliferación de ellas. Este es, con muchas creces el punto clave y la fórmula abracadábrica fundamental de las terapias filosóficas centradas en el poder persuasivo y tranquilizador del método que busca soluciones al conflicto en cualquiera de los puntos cardinales del universo conceptual en que labora el consejero, sin restricciones ideológicas ni prejuicios doctrinarios de ninguna guisa.

Otro punto que Marinoff no tiene en cuenta, por razones éticas, tal vez, o por motivos de consistencia lógica, es que el “método Platón” de la terapia, tal vez no logre los efectos curativos propiamente tales, sino resultados de sanación aparente del género “placebo” y que, subyugado eventualmente por los encantos de la filosofía, pueda el sujeto entregarse con fruición tanto a lo uno como a lo otro. ¿No será que leer a Platón bajo los efectos del Prozac constituye una experiencia increíblemente deliciosa? Por consiguiente: más Prozac y más Platón. De hecho, muchos de los intelectuales

que cultivan activa o pasivamente las expresiones conceptuales o estéticas de la ciencia, el arte o la filosofía, suelen preludiar su trabajo creativo o degustación contemplativa con un buen cacho de marihuana o una dosis de cualquier otro estupefaciente.

Aún cuando no se la imparte todavía entre nosotros en el pre-grado de los estudios de filosofía para dar a conocer sus fundamentos o en las maestrías y doctorados como interesante opción profesional a tener en cuenta, la terapéutica filosófica es un hecho sociológico innegable que está creciendo en los países más avanzados del mundo, donde se la considera como una opción teórica verosímil y una alternativa útil en el orden de su praxis. Hay, además, abundante literatura sobre este fenómeno y, más sobresaliente aún, libros que ofrecen opciones para curaciones y alivios mediante aplicaciones de los principios clínicos de esta nueva disciplina de la salud integral del ser humano.

Finalmente, para muchos adversarios del saber filosófico, tanto ignorantes como informados, resultará en extremo “paradójico” y hasta patético, confrontar el hecho de que la filosofía, tradicionalmente estereotipada como “cosa de locos” y estigmatizada de “manicomio histórico de pensadores chiflados”, resulte ahora, de buenas a primeras, fungiendo de panacea o coadyuvando como recurso psicomedicamentoso, en el tratamiento de las eufemísticamente denominadas “enfermedades de los nervios”.

En términos más raseros, los locos que provienen de la filosofía se quieren convertir en “loqueros” de otros perturbados psíquicos de cierto género, que no son por ejemplo, sicóticos esquizofrénicos o psicópatas seriales, pero personas corrientes y comunes, afligidas del ánimo o dolidas del cuerpo, acaso por los efectos nocivos de un equivocado y muy estresante manejo de la taxonomía moral. Resultado de ello son las conocidas “chifladuras menores”, de que se ocupa el filósofo consejero, los estados ansiosos o depresivos, y otras “rarezas del comportamiento” que son toleradas o soslayadas familiar y socialmente por medio de disimulos y eufemismos de variada categoría, entre los cuales destaca el antiguo refrán que implícitamente las cataloga de pandemia universal, puesto

que “de músicos, poetas y locos, todos tenemos un poco.

Bibliografía.

MARINOFF, Lou. Más Platón y menos Prozac. Zeta, Barcelona, 2007.

CHENG, Ying, Cheng, redactor. Ase-soramiento filosófico y filosofía china. Journal of Chinese Philosophy. Vol 23, No 3, sept. 1996.

HADOT, Pierre. Philosophy as a way of life. Blackwell, London, 1995

BARROS, Nelson. La filosofía de Epicuro. Humanismo, 1980.

SILVERBERG, Robert. Sócrates. Editorial Diana, México, 1970.